

La escuela española revivió y dio frutos cuando los maestros se hacían a sí mismos leyendo, preguntando, viajando. Hay historias ejemplares como novelas...

COMO UN GORRIÓN EN UN PAÍS ERRADO

Paco Bailo (Z)

El sol acariciaba aquella mañana de marzo de 1979. Me licenciaba tras veinte meses de mili e iba del cuartel hasta la delegación del ministerio donde me preguntaron: “¿Abanto, Campillo o Caspe?”. Dado que no había estado en ninguna de las tres localidades, y ni sabía situar en el mapa los dos primeros pueblos, Caspe sería mi primer destino. Lo necesario cabía en una mochila a la que echaría unas cintas: *Incantations* de Oldfield, el *París* de Supertramp, el *Olimpia* de Paco Ibáñez...

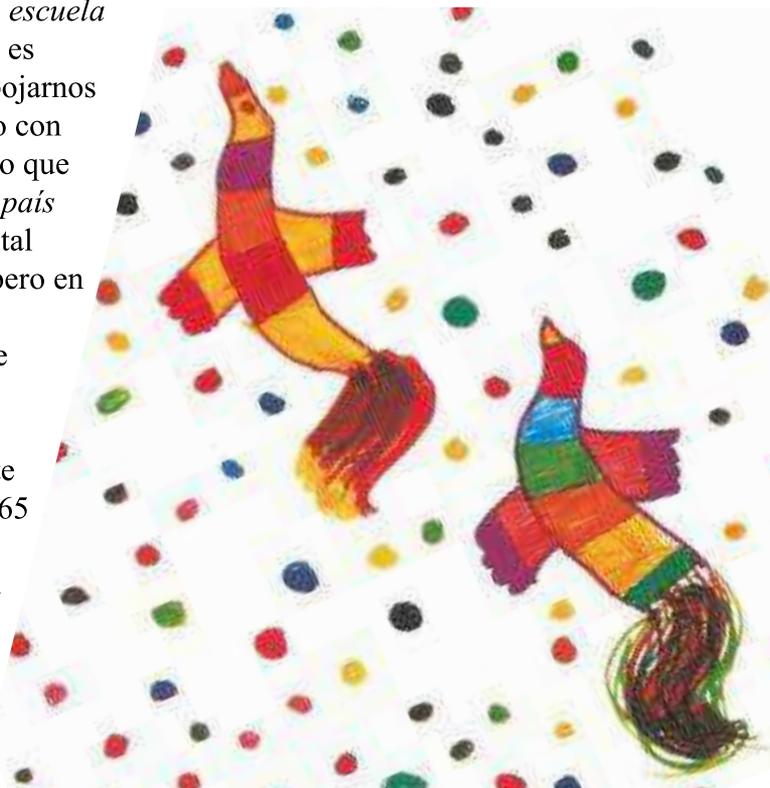
¿Y qué libros me pillo? La visita de Corzo y unos alumnos de la Casa Santiago Uno hacía unos años había “desquiciado mis certezas” sobre pedagogía y didáctica al darnos a conocer la escuela de Barbiana: en la librería cercana encargué *Carta a una maestra*, cuya edición del 70 conservo manoseada y aún la uso de brújula; la *Pedagogía del oprimido* de Freire, edición del 76, para no olvidarme de la “persona como ser inconcluso y consciente de su inconclusión y permanente movimiento”; de Freinet *Por una escuela del pueblo*, para “dudar de lo que es cierto y no de lo dudoso” y “despojarnos del espíritu burocrático satisfecho con pasar una hoja del manual”; y otro que me acababa de comprar a ojo: *El país errado*, quinientas páginas de un tal Mario Lodi, del que nada sabía, pero en Laia sería de fiar. A la mochila.

En la cocina llena de pegatinas de Adolfo Suárez, donde mi patrona me atiborraba a judías verdes, fui devorando aquellos diarios de este maestro italiano escritos entre 1965 y 1969 al aplicar las técnicas de Freinet. Ya el prólogo – una carta a una estudiante de magisterio – me subyugó: nombraba a don Lorenzo, pues Lodi había ido a Barbiana el verano del 63 y sus alumnos se carteaban con los

de Milani: citaba eso de sus *Experiencias pastorales* de “no preocuparse de cómo enseñar en la escuela sino de cómo hay que ser para poder enseñar”.

Entre aquella cocina y las escapadas al pantano cercano, cuyos ocasos merecían el óscar a la mejor fotografía, fui devorando aquellos diarios en que Lodi transcribía diálogos, actividades, cancioncillas, talleres, poemas... hasta llegar a la última carta a su desmoralizada amiga, ya era maestra, a la que dice: “esta experiencia es como un barquito que navega a toda vela en un mar de escollos, pero que se mantiene a flote” y la invita a una de sus asambleas de clase.

Durante los tres cursos en aquella escuela anduve aplicando lo aprendido, arropado amablemente por don Lorenzo, Paulo, Célestín y Mario: trabajamos sin libros, decidíamos en asamblea, elaborábamos la revista (cuyos primeros ejemplares salieron prohibidos por las ventanas) y el texto libre, la correspondencia, las audiciones musicales,





las excursiones con fotos reveladas al acabar las clases. (Escribimos a estudios de fotografía y nos mandaron hasta una ampliadora vieja, líquidos y papel).

Algunos padres preguntaban qué hacíamos a esas horas, sus hijos se quedaban en la escuela en lugar de ir a jugar y volvían a casa ufanos y contentos. Estábamos en *un país errado* y casi todo por hacer. No reponían los cristales rotos de las clases, desaparecía el aceite del comedor y, como en mayo no se soportaba el calor del aula, salíamos a la sombra del exterior.

Tras una mañana de huelga con otro compañero y nuestros alumnos de paseo por el recreo, ante la amenaza del director – desde los altavoces – de “incoar un expediente”, me sentí respaldado por el *I care (me importa, me siento responsable)*. Estábamos aprendiendo que “*el problema de los demás es igual al mío. Salir de él todos juntos es la política. Salir solo, la avaricia*”. Tanto Lodi como Milani y Freire se las vieron con las leyes, destierros y exilios. No hubo expediente sino contagio, al ver cómo se defendían nuestros alumnos al pasar al instituto. Más compañeras y compañeros se apuntaron a trabajar sin textos y, poco a poco, a la asamblea, al texto libre, a elaborar los problemas, a las cartas, al encuentro con el alcalde.

En su diario del 2º curso Lodi titula un capítulo: *La sogá del Sr. Seguin*, un cuento de A. Daudet que mi generación estudiaba en francés y en el que una pobre cabra obligada a comer la hierba a su disposición “tenía que sentirse libre”. Era una reflexión sobre los materiales bonitos y cómodos que, sin posibilidad de relacionarlos con la realidad en la que nos movemos, son una sogá esclavizadora. Sus alumnos inventan varias clasificaciones con animales, mientras Lodi observa los bloques lógicos: un mundo cerrado que nos da la ilusión de ejercitar la mente. Al saltar esos límites la actividad de comparar, razonar, sistematizar, deshacer y recrear adquiere un sentido. Lodi está convencido de que la inteligencia a desarrollar ha de ser global y penetrar en los problemas para encontrar soluciones adecuadas al contexto humano al que debe servir: “pasar de los materiales a la realidad, sólo así la inteligencia y la habilidad

serán instrumentos revolucionarios de análisis, proyección y lucha como un boomerang”.

Al curso siguiente se editó *El libro rojo del cole*, denunciado por la Federación y la Asociación Católica de Padres. Cristina Almeida, concejala en Madrid, había enviado una docena de libros a unos colegios de Fuencarral y el ministro de educación declaró que procedía a la retirada del libro, pues el fiscal general del reino lo había denunciado. No sé cómo los conseguía la librería de Caspe, pero los distribuíamos; otro pequeño paso para conseguir del alumnado protagonismo en lo acontecido cada día en las aulas.

Realmente sabrosa y divertida la discusión transcrita por Lodi con el representante de una editorial a la hora de elegir los libros de texto, al final de *El país errado*. El comercial llega a decirle: “es su sola presencia la que orienta a sus colegas. Quiero que usted se cierre en su habitación y no aparezca en público”. Todo ante los chicos, que, al acabar la entrevista, pregunta uno: “¿quién era éste?”, y una compañera responde: “¿no lo has visto?, uno que quería vender sus libros para ganar dinero”.

Editado hace cincuenta años *El país errado*, cuando no estaba de moda el lenguaje inclusivo y cambiando libros de texto por nuevas tecnologías, cartas por *e-mail* y vinilos por otros soportes, aún es un texto totalmente vigente y necesario.

Aquel 1979 Alfaguara editó *Cipí*, la historia de un gorrión curioso que Lodi describió con su alumnado observando los nidos. Nos narran el descubrir del gorrióncillo la nieve, las flores, las abejas, una serpiente, un gato... también su remordimiento, el llanto, las tentaciones, el sacrificio... Una metáfora de la vida. Desde entonces pasó a ser lectura en 4º y 5º de Primaria hasta su última frase: “...les enseñaron a abrir bien los ojos para distinguir lo verdadero de lo falso, a ser valerosos para defender la libertad”. Para seguir espantando a los “señores de la noche” sigamos leyendo a Lodi.

